

CARTAGENA DE INDIAS

A Raúl J. y a María Constanza P.

Tengo miedo de escribir sobre Cartagena de Indias, porque no sé si seré capaz



de estar a la altura de lo que se merece. Cartagena es un verdadero “descubrimiento”, un lugar donde las sensaciones van a marcarnos incluso más que la sorpresa de su realidad. De antemano me declaro incapaz de encontrar las palabras concretas que pudieran definir su auténtico ser, presiento que me voy a quedar más cerca de la vulgaridad que del hallazgo de las

consideraciones que, sin lugar a dudas, es digna de alcanzar. Cartagena hay que verla, hablará por sí misma, a su manera y por medio de su gente, la más cercana



que he encontrado nunca. Quizás deberíamos conformarnos con asegurar eso, si se pretende ser sincero y no nos da vergüenza reconocer nuestras limitaciones. Si lo intentamos a pesar de todo, tal es

mi osadía, advierto desde ya que jamás se me ocurriría pretender ser una excepción, por mis limitaciones y por lo imposible del objetivo. Pero siempre me quedará el consuelo de que lo intenté, de que la perseguí, de que busqué a Cartagena con toda mi alma, a sabiendas de que nunca la acabaré encontrando del todo.

Todo lo que te pueda suceder en Cartagena será distinto, nunca se borrará de tu memoria, quedará marcado en lo más hondo de tu recuerdo. Será color, será olor, será sabor, y serán miradas de una ciudad única, bien arreglada y segura. Cartagena es balcones y flor de buganvillas, es la ciudad que se reinventa en cada fotografía y se hace distinta en la visión de cada uno que la mira. Cartagena puede ser el dulce aroma del arroz con coco en una esquina, un regusto a sal que llega

desde el mar y viento que juega con las ramas de las palmeras. Cartagena es un detalle en la mirada que se detiene en cada casa, en cada arco, en cada muchacha con su sonrisa sin sombra de malicia. Te sentirás transportado a tiempos antiguos, olvidados, mientras recorres sus calles montado en un carruaje de caballos y donde, cuando menos te lo esperas, te encontrarás con patios hermosos y con tantas plazas tan distintas.

La Torre del Reloj representa uno de los símbolos más importante de la ciudad amurallada, por ella se ingresa al sector histórico. Al otro lado de la Torre, nada



más entrar, está la Plaza de los Coches y bajo sus arcadas se encuentran puestos de venta de dulces típicos. Para algunos representa uno de los rincones más característicos. Al lado mismo se encuentra la Plaza de la Aduana, la más grande de todas y uno de los espacios más señoriales. Pero la ciudad histórica es para recorrerla palmo a palmo, para caminarla, muralla incluida, y, desde luego, acercarte y sentarte en una de las terrazas de la Plaza de Santo Domingo, donde te encontrarás

con la vida de la noche. Fuera del casco histórico se encuentra el Castillo de San Felipe de Barajas, situado en la colina de San Lázaro, bien conservado, la más grande construcción militar levantada por los españoles en el Nuevo Mundo. Por aquí anduvo Blas de Lezo y Olavarrieta (Pasajes, Guipúzcoa, 1689 – Cartagena de Indias, 1741), del que conmemoramos este año el 325 aniversario de su nacimiento, un gran estratega del mar, que convirtió a España en una gran potencia naval gracias a su formación, coraje y honestidad en defensa de los intereses de su patria. Bien merece el castillo una visita y, así, aprovechar para acercarte a un curioso y sorprendente monumento situado en la parte posterior del mismo, las “botas viejas”, obra de Tito Lombana, en homenaje a un poeta satírico, Luis Carlos López, que en el soneto *A mi ciudad nativa* termina con estos versos:



Mas hoy, plena de rancio desaliño,
bien puedes inspirar ese cariño
que uno le tiene a sus zapatos viejos...

Cartagena es pasado y un milagro que llegó hasta el presente. Fue declarada por la Unesco Patrimonio de la Humanidad en 1984.